LA MADRE DE JUAN ANTONIO

No voy á referir un cuento más ó menos interesante ni á inventar una fábula más ó menos ingeniosa; voy, sencillamente, á presentar ordenados algunos recuerdos que guardo relativos á hechos ocurridos hace mucho tiempo, y relacionados después con otros hechos recientes, merced á ese misterioso enlace que une á veces los sucesos más distintos, haciéndolos depender unos de otros y dejándonos vislumbrar una harmonía superior, no sujeta á un orden ó á una lógica asequibles á nuestra limitada esfera.

Los hechos á que mis recuerdos se refieren son absolutamente reales, y poco trabajo había de costarme encontrar testimonios de la certeza de su realidad, si mi palabra no bastase para responder de ella.

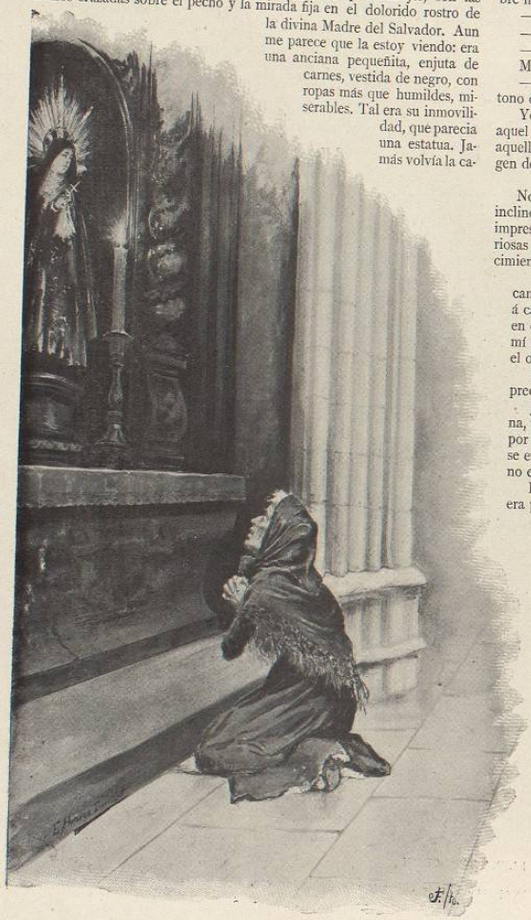
***

Era yo muy niño cuando ocurrieron algunos de los sucesos que voy á referir, y sin embargo, y quizá por esta misma razón, los recuerdo con esa fidelidad pasmosa con que recordamos toda la vida algunos de los sucesos de nuestra infancia.

Mi madre me condenaba todas las mañanas al para mí cruel suplicio de acompañarla á misa. ¡Que larga y que fastidiosa me parecía aquella hora, de quietud y compostura forzadas, que pasábamos en la iglesia! En vano mi imaginación infantil buscaba distracciones con que entretener mi aburrimiento. El vetusto templo, de una grandiosidad majestuosa—que yo entonces no podía apreciar—me era conocido hasta en sus menores detalles; había contado infinidad de veces el número de cirios que había en el retablo del altar mayor, y las inmóviles caras de los santos, que desde sus hornacinas me miraban ceñudos y severos, enfadados tal vez por mi mal disimulada irreverencia, me eran ya demasiado familiares para poder inspirarme, no digo curiosidad, sino ni siquiera respeto.

Después de oir misa, comenzaba mi madre la visita á sus santos predilectos, visita que duraba muy bien cerca de media hora y que concluía siempre en el altar de la Virgen de los Dolores. Allí la visita era más larga y mi impaciencia mayor, por lo mismo que desde allí nos íbamos directamente á la calle.

Arrodillada ante aquel altar, había siempre una pobre mujer, con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada fija en el dolorido rostro de la divina Madre del Salvador. Aun me parece que la estoy viendo: era una anciana pequeñita, enjuta de carnes, vestida de negro, con ropas más que humildes, miserables. Tal era su inmovilidad, que parecía una estatua. Jamás volvía la cabeza ni hacía movimiento alguno, aunque nosotros nos acercáramos. Por aquella inmovilidad comenzó á interesarme, con el interés relativo que puede sentir un chicuelo de diez ú once años; yo, que á duras penas podía estarme quieto de rodillas mientras alzaban en la misa — y eso por temor á las maternales reprimendas — no alcanzaba á comprender que hubiera quien por su voluntad estuviese arrodillado é inmóvil durante tanto tiempo; hasta llegué á tener lástima á aquella pobre mujer, pensando en lo que debían dolerle las rodillas.



No he podido recordar nunca cuál fué el día primero en que vi allí á la mujer aquella; creo que la vi siempre que fuí á la iglesia, desde que tuve razón suficiente para darme cuenta de lo que veía, siempre la vi en el mismo sitio, siempre en la misma actitud y siempre inmóvil.

Una mañana, tentado por la curiosidad, me acerqué á la pobre mujer más que de costumbre, yo creo que con la intención de tocarla para cerciorarme de que era una persona de carne y hueso y no un maniquí, puesto allí en aquella humilde actitud, para indicar á los niños irreverentes y revoltosos, como yo, la compostura con que se debe estar en el templo. No la llegué á tocar, pero me acerqué tanto á ella que, abandonando su inmovilidad, volvió la cabeza para mirarme. Fué la única vez que vi su cara frente á frente, y sin embargo, tan grabadas quedaron en mí sus facciones, que á pesar del tiempo transcurrido, si supiera pintar, creo que todavía hoy me atrevería á hacer su retrato. Vi una faz lívida, triste, tan triste como el rostro de la imagen de la Virgen de los Dolores que, encima del altar, destacábase sobre el fondo dorado del churriguresco retablo, á la incierta luz de dos amarillentos cirios; pero lo que más me llamó la atención y hasta me impresionó, fué el ver que aquella mujer lloraba; para mirarme con amarga tristeza, como reconviniéndome por haberla molestado, su mirada tuvo que deslizarse por entre la niebla de lágrimas que velaba las pupilas de sus ojos, pequeños y hundidos...

Cuando salimos aquel día de la Iglesia, comuniqué á mi madre lo que había hecho y lo que había observado, y ella, después de reprenderme por mi atrevimiento, me dijo: — no te extrañe lo que has visto; esa pobre mujer llora siempre que reza delante de la Virgen.

— ¿Y por qué reza y llora tanto? — pregunté yo.

— Porque pide por su hijo.

— ¿Y quién es su hijo?

Mi madre vaciló en responderme.

— No le conoces, — me contestó, al fin, dando á su entender en el tono de su respuesta, que la contrariaban mis preguntas.

Yo lo comprendí así y me abstuve de seguir preguntando; pero desde aquel momento sentí curiosidad por saber quien era el hijo de la mujer aquella que tanto rezaba y tantas lágrimas vertía ante el altar de la Virgen de los Dolores.

***

No sé si antes ó después de los sucesos que quedan narrados, — me inclino á creer que antes — ocurrió otro que también produjo en mí una impresión profunda y que luego se enlazó á ellos con una de esas misteriosas relaciones que, según dije al principio, enlazan á veces los acontecimientos más diferentes.

Salía yo una tarde de la escuela, en compañía de algunos de mis camaradas, cuando acertó á pasar por delante de nosotros un hombre á caballo. El caballo, y no el hombre, llamó mi atención, pues, como en casi todos los chicuelos de mi edad, las aficiones *hípicas* estaban en mí muy desarrolladas; pero separé mi atención del uno para fijarla en el otro, al oir que mis amigos decían: — «¡Ese es Juan Antonio!»

Para comprender todo el efecto que en mí produjo este nombre, precisa saber quien era el sujeto al cual pertenecía.

Juan Antonio era ni más ni menos que un bandido, así como suena, uno de aquellos famosos bandidos andaluces, convertidos en héroes por la imaginación meridional de mis paisanos, y en cuyas crueldades se empeñan en ver alardes de un valor extraordinario y hasta un si es no es caballeresco.

Hijo de mi pueblo, Juan Antonio buscaba en él refugio siempre que era perseguido, y á él se retiraba algunas temporadas, para descansar de sus peligrosas correrías. Seguro estaba de que sus paisanos no habían de rechazarle ni mucho menos venderle, sino antes bien recibirle con agasajo y hasta protegerle en cualquier apuro.

Esto parecerá extraordinario á muchos y, sin embargo, es rigurosamente cierto. En tiempos del bandolerismo, los bandoleros más famosos encontraban protección y apoyo hasta en las autoridades de la mayoría de las pequeñas poblaciones andaluzas. ¡Cuántas veces el alcalde de un pueblo avisó á algún ladrón que tenía orden de prenderle! Hasta hubo alcalde que escondió á los ladrones en su propia casa. Hecha esta advertencia, se comprenderá que Juan Antonio se paseara á caballo, en pleno día, por las calles de su pueblo, sin temor ni reparo alguno.

Yo no había visto nunca á mi famoso y temible paisano, pero había oído referir infinidad de veces sus hazañas... y hasta confieso que mi imaginación infantil había llegado á entusiasmarse con ellas. Cuando en las noches de invierno, mis padres me dejaban bajar un rato á la cocina de los criados, para que éstos me contaran cuentos, yo les pedía siempre que me refirieran *historias de ladrones*, y en las tales historias que ellos me referían con un lenguaje exageradamente pintoresco, Juan Antonio era el protagonista obligado, protagonista que aparecía á mis ojos casi con la grandiosidad de un héroe legendario. He aquí por qué, cuando oí decir á mis amigos que aquel hombre que pasaba á caballo, era el bandolero famoso, dejé de mirar al caballo para mirar al jinete, y aun que pasó muy aprisa pude verle bien

la cara. Recuerdo que era joven, guapo, de arrogante apostura, de rostro moreno, que parecía más moreno aun, por las negras y pobladas patillas que lo sombreaban...

No volví á ver á Juan Antonio en mucho tiempo, hasta que una mañana, al salir con mi madre de la Iglesia, pasó por delante de nosotros. Le reconocí en seguida, y mi madre al verle, se inclinó hacia mi y me dijo en voz baja: — ese es el hijo de la mujer que tanto reza y llora arrodillada ante el altar de la Virgen de los Dolores.

Yo no tenía aún razón suficiente para discernir en cierta clase de asuntos, y sin embargo, recuerdo que estas palabras de mi madre me parecieron una monstruosidad, un absurdo. ¡Pedir á la Virgen que protegiera á un ladrón! Porque lo que aquella pobre madre pediría á la Madre divina del Redentor, al pedirle por su hijo, sería que le protegiera, que le salvara de los peligros á que de continuo se veía expuesto; hasta me pareció que la Virgen no podía escuchar semejantes súplicas, porque de escucharlas equivalía, á dispensar su protección al crimen, al robo...

Pronto pude convencerme de que no todos pensaban como yo. Hablando del caso con algunas personas, alguien me dijo, muy en serio, que Juan Antonio había tenido hasta entonces mucha suerte para escapar á las persecuciones de la Guardia civil, gracias á las súplicas que su madre dirigía constantemente á la Virgen. A mí, sin embargo, siguió pareciéndome un contrasentido aquello de que la Virgen de los Dolores fuera la protectora de un bandolero.

***

Salí de mi pueblo, para emprender en serio mis estudios, y azares de la vida me retuvieron lejos de él, durante muchos años. Me hice hombre y el tiempo fué borrando poco á poco la mayor parte de los recuerdos de mi infancia, dejando sólo de ellos, en el clisé de mi memoria, sombras vagas y confusas, entre las que únicamente se destacaban con claridad, las imágenes de los sucesos que en mi niñez más me habían impresionado. De Juan Antonio y de su madre no me volví á acordar, y en el cementerio del olvido hubiera quedado para siempre su recuerdo, si de él no hubieran venido á sacarlo algunos hechos recientes.

Asuntos de familia me llevaron hace pocos meses á aquel rincón de España, donde vi la luz por vez primera; y queriendo renovar los recuerdos de mi niñez, una mañana, á la hora de misa, me encaminé á la Iglesia. Por primera vez iba á entrar espontáneamente en aquel templo, en el que había entrado tantas veces obligado por mi madre. Mi deseo hubiera sido ir solo; pero tuve que resignarme á soportar la compañía de algunos amigos y parientes, que no me abandonaban un instante, empeñados, con oficiosidad enfadosa, en servirme de *cicerones* en lugares para mi tan conocidos como para ellos.

Hasta aquel día no aprecié la majestuosa grandiosidad de aquella Iglesia, en la que se encerraban verdaderas preciosidades, dignas de admiración y de estudio. Pero, cosa rara: yo, que llevado por mis aficiones artísticas, hasta me siento capaz de hacer un largo viaje, con el exclusivo objeto de admirar una obra de arte, permanecí aquella mañana indiferente ante las bellezas que ofrecía á mis ojos la Iglesia de mi pueblo. Y era que yo no había entrado en ella buscando arte, sino recuerdos; y éstos los encontraba en donde quiera que ponía mis ojos, y la emoción que en mi producían, sobreponíase á la que pudieran causarme las bellezas artísticas del majestuoso templo.

Satisfice caprichos verdaderamente pueriles; me senté en el mismo banco donde tantas veces me había sentado con mi madre y me arrodillé en el mismo sitio donde ella se arrodillaba... A las santas las visité una por una, y hasta me pareció que ellas se sonreían bondadosamente, como diciéndome: «¿has sentado ya la cabeza ó sigues siendo tan revoltoso como antes?»

Fuí á parar, al fin, ante el altar de la Virgen de los Dolores. Todo estaba lo mismo: «sobre el fondo derecho del churriguresco retablo, á la incierta luz de dos amarillentos cirios, destacábase», como siempre, «el dolorido rostro de la divina Madre del Salvador...»

Por primera vez, al cabo de mucho tiempo, acudió á mi memoria el recuerdo de la madre de Juan Antonio, de la pobre mujer aquella, que habían visto allí tantas veces arrodillada, rezando y llorando, al par que rezaba... Fué un desencanto para mí no verla en el sitio de costumbre; su presencia me era necesaria para reconstruir aquella parte de los recuerdos de mi infancia...

Me volví hacia mis acompañantes y les pregunté por ella. Me respondieron lo que yo esperaba, que había muerto; y me dieron algunos curiosos detalles de su muerte. Había muerto, casi en la misma Iglesia, á los pies de la Virgen: un día la encontraron tendida en el suelo, delante del altar; lleváronla á su casa... y murió por el camino.

— ¿Y Juan Antonio? — pregunté.

Me contestaron lo mismo; que también había muerto, pero en circunstancias especiales. Murió el mismo día que su madre, horas después. La Guardia civil, que hasta entonces le había perseguido inútilmente, le encontró; él quiso huir, dispararon para impedirlo y le mataron... Murió sin saber que su madre había muerto.

— La cosa era de esperar, — dijo, con tono de sincera convicción, el que estas noticias me daba. — Juan Antonio había escapado hasta entonces á todos los peligros, por las súplicas que su pobre madre dirigía constantemente á la Virgen de los Dolores. Todos en el pueblo lo dijimos al saber la muerte de la madre: «ahora cogerán al hijo». Y así fué; no sólo le cogieron, sino que le mataron; y el mismo día en que murió su madre, casi á la misma hora...

Me impresionaron y me hicieron pensar mucho estas palabras; los hechos parecían demostrar lo que á mí en mi niñez me pareció un absurdo, aquella protección dispensada por la Virgen de los Dolores á un bandido y conseguida por las súplicas y las lágrimas de una madre. ¿Se trataba de un milagro? ¿Se reducía todo á una casualidad? ¿Existía alguna relación entre la muerte de la madre y la del hijo? ¿Qué explicación dar á tantas y tan misteriosas coincidencias?

El caso me pareció interesante y curioso, y por eso lo consigno, absteniéndome de añadirle comentario alguno, por temor de caer en la impiedad ó en el fanatismo, dos extremos igualmente temibles y de los cuales procuro siempre apartarme con igual empeño.

A. CONTRERAS

¡VIVA SEVILLA!

(CANCIÓN)

Sevilla la bella,
paraíso, estrella,
pensil rico en flor;
quien de ti se aleja,
el alma en ti deja
rendida de amor.

La Giralda hermosa,
tu vega olorosa,
bañada de luz
forman la alegría,
el gozo y poesía
del pueblo andaluz.

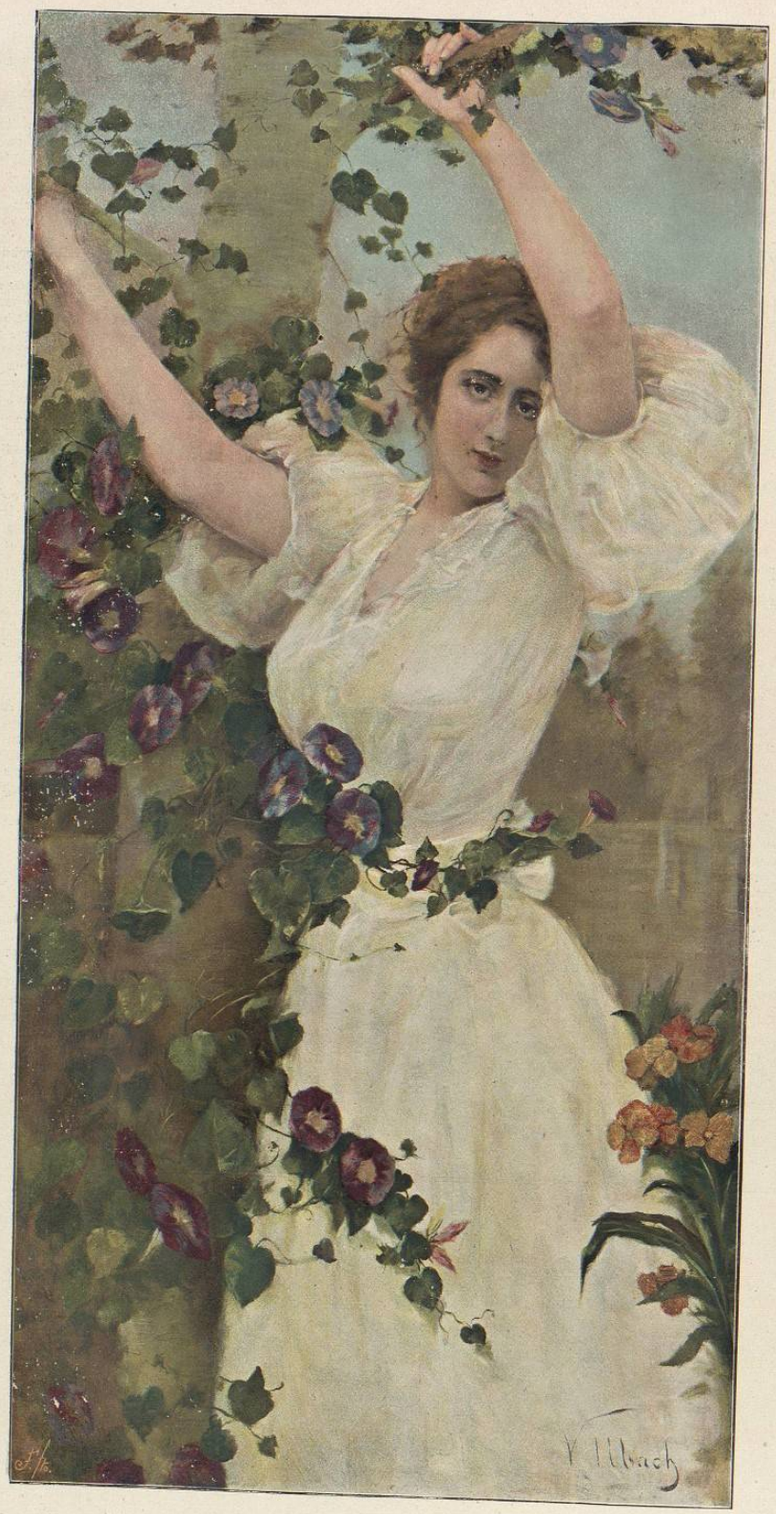
¡Qué hermosas mujeres!
más hermosos seres
nadie concibió;
la luz de sus ojos
que da al sol enojos,
el sol la creó.

Tus patios con flores
son nidos de amores,
donde el colorín,
con voz regalada,
suelta en la enramada
ternezas sin fin.

¿La Torre del Oro,
el alcázar moro,
tus danzas sin par,
tu lujo, tus fiestas,
tus toros y apuestas
quien podrá olvidar?

Quien haya soñado
edén encantado
do es grato el vivir,
do la dicha impera,...
venga á la ribera
del Guadalquivir.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS



MARIPOSA SIN ALAS

UNA HIJA DE MARIA

LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESTUDIADA Á GRANDES RASGOS

Hace pocos años, en Octubre del 94, en un solo día y casi á la misma hora, salían del puerto de la Coruña tres vapores literalmente abarrotados de emigrantes, con destino á la América del Sur.

Aquel espectáculo entristeció el ánimo de los que le presenciaron, la impresión del momento dió paso luego al comentario amargo y el eco de aquel sentimiento y de la protesta aquella repercutió en las esferas elevadas del pensamiento que sabe indagar causas, deducir efectos y plantear soluciones de interés colectivo.

Intérprete del público parecer fué á la sazón el ya entonces ex ministro de la Guerra, general Sánchez Bregua, cuya pluma, digna, por lo valiente, de su espada, excitó al gobierno desde las columnas de «El Liberal» en el sentido de que se estudiasen y pusiesen en práctica los medios tendentes á refrenar la emigración á las playas americanas que á diario aumentaba en toda España, y muy singularmente en la región gallega.

No por estéril dejó de ser acreedora de todo encomio semejante propaganda, encaminada á filantrópicos resultados é inspirada en generosas intenciones.

Durante los no cortos años de su residencia en las repúblicas rioplatenses pudo observar el autor de estas líneas, la ineficacia de cuantos óbices y trabas se opongan á la corriente emigratoria europea; fenómeno, si lo es, que se explica perfectamente.

La nación argentina, con sus catorce provincias, la principal de las cuales, Buenos Aires, abarca una extensión territorial equivalente á la de Italia, las unas exhuberantes de riqueza pecuaria, y fértiles en agricultura las otras; dotada, en lo físico, de clima generalmente benigno y cielo siempre sereno; regida en lo político por amplísima carta fundamental, y en lo sociológico por novísimos principios dentro de los cuales se completan, combinan y asocian los usos más varios con las costumbres más heterogéneas, costumbres y usos que presto y fácilmente se asimila el europeo,... la argentina, así constituída y á favor de los elementos que le son connaturales, brinda á todos los hombres de buena voluntad un bienestar posible y abre á la esperanza anchos horizontes de un porvenir relativamente brillante, más ó menos difícil, pero frecuentemente seguro.

He aquí, de un lado, la causa eficiente de la atracción que ejerce el Nuevo Mundo en los que abandonan el suelo patrio, ora á impulsos de necesidades perentorias, abrumadoras, ora movidos por el acicate de aspiraciones moderadas ó ambiciones desmedidas. Existen móviles de otro orden y fuerza también imperiosa; mas, séanos permitido silenciarlos, en atención á lo muy resbaladiza que de suyo es la materia y á los propósitos *á priori* formados de no separarnos demasiado de nuestro verdadero objeto.

Véase, pues, cuántas y cuán enormes dificultades trae consigo aparejadas el empeño de paralizar ó siquiera moderar ese movimiento de emigración tan combatido y á la par tan lógico.

Ciertamente, lógico; porque podrá no haber, en el hecho de expatriarse temporal y voluntariamente, apego al terruño que simboliza el concepto abstracto y á la vez sagrado de la patria; acaso podrá ser engañador síntoma de indiferencia el renunciar, Dios sabe debido á qué, al calor de la familia y á los encantos del hogar, pero cosa imposible sería demostrar que carece de alto sentido el hombre que así procede para substraerse á insufribles privaciones ó para despejar la incógnita que presenta el problema del mañana.

Y para dar cima á estas reflexiones, si pertinentes, no bien expuestas, añadamos un dato elocuente, si los hay.

A pesar de las precauciones que se toman en los puertos españoles, redobladas por lo anormal de las presentes circunstancias, y á pesar de no ser los momentos actuales bastante propicios para medrar en la América latina, motivado á diferentes contratiempos que aquellos países vienen experimentando, quien esto escribe ha tenido ocasión, pocos meses ha, de ver en las calles y plazas *bonaerenses* á un número incalculable de esos jóvenes que, burlando vigilancias y desafiando las contingencias del caso, embárcanse, cruzan los mares y *caen*, por decirlo así, con sorpresa en los ojos y sin norte en la mente, en la capital de la república, no tanto por conquistar hipotéticas ventajas, como para eludir peligros ciertos, muy gloriosos, á no dudar, pero compañeros de una gloria harto anónima para ser solicitados.

. . . . . .

¿Que por dónde andan, pregunta el lector, los tres paquetes á vapor que en Octubre de 1894 levaron anclas simultáneamente del puerto de la Coruña, materialmente cargados de emigrantes á la América del Sur?...

A eso íbamos, á concretar explicaciones, volviendo al punto de partida, para decir que en uno de los referidos trasatlánticos realizó la travesía hasta el río de la Plata cierto sujeto de quien conservamos agradable recuerdo, por habernos deparado su presencia en Buenos Aires ocasión nunca por nosotros soñada ni deseada de constituirnos en lo que convencionalmente llaman *cicerone*, esto es, máquina semoviente puesta al servicio del extranjero cuyo criterio se ilustra mediantes resobadas explicaciones de las curiosidades locales más notables, con lo cual se da frecuentemente el caso inaudito de enseñar al prójimo lo que no sabe uno para sí.

Confesemos, sin embargo, que en el de marras, nuestro papel no se limitó al humilde y automático de acompañante, por cuanto desempeñamos también acerca del recién llegado las funciones propias de cualquier almanaque ó guía regularmente nutrido de datos estadísticos.

Que esto era lo que en primer término interesaba á *mí* recomendado y compatricio, con cuyo doble carácter recibí su visita, pocas horas después que hubo saltado á tierra.

Y á partir de aquí, hay que dejar el hinchado plural *nos*, para montar resueltamente, como en un caballete á horcajadas, sobre el singular *yo*, por requerirlo así la índole de lo que sigue.

Solicita usted de mí, dije, algunas informaciones de los recursos y modo de ser en general de este país. Carezco del don de la observación, y, por lo tanto, exigua es la suma de pormenores interesantes que tengo acumulados; mas, penetrado de la causa legítima de su empeño en conocerlos, me pongo incondicionalmente á su disposición.

En esto que con énfasis llamaré lecciones, seré breve y sintético, dentro de los límites razonables, y, por demás, pobre de adornos y artificios literarios; que en asuntos de este jaez huelgan retóricas, y si por distracción se emplean, debe ser las menos veces posible.

Aunque nada sufriría la integridad de aquéllas, las lecciones, se me antoja iniciarlas recordando lo que es fama constituía el rasgo más típico de cierto ministro plenipotenciario que representaba á la monarquía española en la república de allende el Plata, el Uruguay, denominada también, Banda Oriental, el cual aludido diplomático tenía una costumbre ridícula y de consuno reveladora en él de no escasa filosofía, como á renglón seguido podrá usted apreciarlo.

Víctima de una miopia rayana en la ceguera, cuando recibía la visita de súbditos españoles á él recomendados y recién llegados á Montevideo, lo que menudeaba y se comprende á las claras por la influencia de su posición social, nuestro hombre, digo, el representante de la colonia hispánica en la margen izquierda del inmenso estuario, planteaba la cuestión formulando esta pregunta:

«¿Lleva usted levita y sombrero, ó es usted individuo de agallas para situarse en una esquina y tomar las cuerdas de *changador*?...» Lo de *changador* es simplemente una palabra criolla, que ya habrá usted adivinado equivale á mozo de cordel.

La ocurrencia es peregrina, y aun ridícula, puesta en labios de un diplomático, ¿verdad?

Pues, ambos conceptos quedan desvanecidos, en sabiendo como resolvía el ministro la cuestión:

«¿Que sí, dice usted; que calza guantes, empuña bastón y se abrocha levita ó chaquet?... Sí, ¿eh?... En este caso, líe usted sus petates, si los había desliado ya, y, sin perder un día más, emprenda viaje de regreso á aquel nuestro país, que el de América no es para usted ni usted es para el de América.

Hoy día los tiempos han cambiado; no hay que tomar al pie de la letra la moraleja que se desprende de esto que no es fábula por la sencilla razón de ser rigurosamente histórico; el abogado y el médico, el periodista y el pedagogo, el hombre de negocios lo mismo que el hijo del trabajo mecánico, humilde y rudo, todos, en globo, tienen cabida en esta nación de sesenta y tantas mil leguas territoriales, dotada de las energías propias de su mucha vitalidad, y estimulada por los recursos que posee y la colocan á la cabeza de los demás países suramericanos, sin excluir el antiguo imperio brasileño, actualmente E. U. del Brasil, que tienen doble extensión y unos trece millones de habitantes, ó sea ocho millones más que la Argentina, aproximadamente.

De todos modos, no eche usted en olvido el proceder de nuestro representante en el Uruguay, ni deje de considerar que en el fondo se oculta una saludable advertencia autorizada por la experiencia de todos los días; y la experiencia dice que, innegablemente, en América cuaja y progresa más, mucho más, el hombre que sabe y quiere descender á ocupaciones esencialmente materiales, que no el artista, el literato, el científico, el hombre intelectual, en fin. Tampoco hay que tomar eso en absoluto. El tiempo le demostrará que el elemento extranjero contribuye en proporción no pequeña al progreso moral de estas sociedades. En una palabra; no insisto sobre este tópico, porque considero que usted sabrá precisar el alcance de las mías.

. . . . . .

¿Que cuál es su pasado y su presente? ¿Cuál su porvenir y su riqueza? ¿Cuáles sus grados de ilustración?

Pláceme su curiosidad apremiante, nacida de un interés que ha de serle muy útil; y digo que me place, porque veo en ello que mis explicaciones reportarán algún provecho, lo cual no deja de ser una recompensa que estimo.

Ahora en el supuesto de que no le ocasiono la menor contrariedad, propongo suspender esta conversación, que reanudaremos á nuestra próxima entrevista... ¿Estamos?... Pues, objeto del siguiente palique será la contestación á sus preguntas, ó parte de ellas, en el orden que mi imaginación me vaya sugeriendo.

ANTONIO ASTORT

RIMAS

JESUS

La humanidad, falta de amor, perdida,
del egoísmo y de la duda esclava,
la carcajada del feliz mezclaba
con los ayes del paria de la vida.
Dejar queriendo mi misión cumplida,
sin miedo al odio y á su furia brava,
curé al enfermo, consolé al que oraba,
di apoyo al alma por el mal rendida.
Dije á los hombres, un eterno oriente
dando á su impulso bienhechor y honrado:
« donde suspira el triste ó indigente,
» donde está el ignorante ó calumniado,
» haced manar de *caridad* la fuente
» y en ella lavaré vuestro pecado.»

F. TOMAS Y ESTRUCH

¡MALDITAS... NO!

Salí más que vencido del combate
y exánime y sin fuerzas;
lloré, como se llora cuando el alma
sin esperanza ante el dolor se entrega.
—¡Pero, si es imposible! — me decía: —
que el corazón cobarde desfallezca
sin rebelarse, al menos,
contra el horrible mal que le atormenta. —
Y otra vez en mis nervios estallaban
sacudidas eléctricas,
y nuevamente, en abrasantes olas,
la sangre atropellábase en mis venas,
como hirviente despojo del cerebro
en la ruda batalla de la idea.
Casi loco, grité; sobre mi pecho
clavé las uñas, con furor de hiena,
tratando de arrancar de allí el secreto
de la horrible venganza que deleita:
mas, comparando su espantosa culpa
con la extensión de mi desdicha inmensa,
para dar un castigo á tal delito
que apagara mi fiebre y mi vergüenza,
me parecieron pocos y mezquinos
los más grandes martirios de la tierra.
— ¡Malditas, sí, mil veces las mujeres!
¡maldita la primera!... —
dije, ahogándome en lágrimas; y al punto,
como si esta satánica blasfemia
despertase en mi sér algo imponente,
temblé desde los pies á la cabeza;
pensé en mi madre y añadí, contrito,
besando su retrato que hallé cerca:
— ¡Malditas no! ¡Perdón madre del alma!
tú eres mujer... y tú, ¡bendita seas! —

J. DE ALCANTARA FUENTES

¿SUEÑO O REALIDAD?

Hay instantes, mi amor en que la duda
se alberga en mi cerebro,
y dudo si la historia que nos une
fué realidad ó sueño.

—

Pero, pronto la duda se disipa,
pronto la duda pasa...
¡no es posible que un sueño deje nunca
ilesa la materia y muerta el alma!

LUIS DE VAL

MALASAÑA Y SU HIJA (EPISODIO DEL 2 DE MAYO). — Cuadro de ALVAREZ DUMONT.

F. BRUNET Y FITA

INTERIOR DE LA IGLESIA DE BELEN (BARCELONA)

LA BOHEME

OPERA EN CUATRO ACTOS; LIBRETO DE GIACORA É HICA, INSPIRADO EN UNA OBRA DE MURGER: MÚSICA DEL MAESTRO PUCCINI.

CUANDO una producción escénica alcanza un éxito tan franco y espontáneo como el alcanzado por *La Boheme*, en nuestro Gran Teatro, la crítica minuciosa debe soltar su escalpelo, para aplaudir libremente con toda la fuerza de sus dos manos.

Puccini es el compositor que más pruebas viene dando de conocer el público y de saberle sorprender con recursos que, si algunas veces implican falta de originalidad ó exageraciones de concepto, logra siempre hacerle sentir muy fuerte, sin obligarle á pensar muy hondo.

Esta sencillez-efectista, característica del ilustre autor de *La Boheme* y *Manon*, va en él avalorada por una deliciosa malicia, al servirse de los recursos orquestales. Merced á ellos, sus obras son, si no problemas que envuelven tesis musicales de mayor ó menor convencionalismo, conjuntos bellísimos de ondas simpáticas que impresionan y subyugan al auditorio, obligándole á seguir con interés creciente cuanto pasa tras las candilejas, sugiriéndole ya bulliciosas escenas de boulevard, ya gritos de amargura, carcajadas de desprecio ó ¡ayes! de una pasión humana y real.

Esto y mucho más logra la fresca y habilidosa música de *Puccini*.

Y precisa confesar, en razón de justicia, que la mitad, por lo menos, del éxito que obtiene en el Liceo, débese á lo harmonizado y completo de la interpretación.

En la cámara obscura del cerebro de cada espectador quedará impresionado para siempre el clisé de la vida bohemia, con las figuras acertadísimas de sus intérpretes en Barcelona.

Aplausos tan nutridos y entusiastas como los que han oído la señorita *Storchio* y el señor *Bonci*, pocas veces resuenan en la sala del Liceo de Isabel II.

La *Storchio* es una soprano dramática de voz extensa y hermoso timbre, emitida á la par que con un gusto exquisito, con un estudio esmeradísimo, intencionada modulación y gran facilidad. Posee excepcionales cualidades de cantante de escuela selecta; talento privilegiado de artista de cuerpo entero, y sabe hallar en todo su papel inspiración tan verdadera y de buena ley, que engarza sus quejas de víctima con la seductora ingenuidad de la niña enamorada. Su figura delicada, su rostro expresivo y sus ademanes distinguidísimos completan por tal modo el personaje, que no fuera dable imaginar una realidad más deliciosa y afortunada.

Bonci se ha presentado á nuestro público sin reclamos de ninguna clase; y á fe que no los necesita. ¡Hay que oir su voz melodiosa é igual en todos los registros, cuando sale de su privilegiada garganta como un torrente de harmonías, con la *fioritture* de un maestro en el *bel-canto* y la seguridad de una escuela sin exageraciones, llena de finezas y espontaneidad! De tarde en tarde pisan las tablas del Liceo artistas de tanta valía como el festejado tenor italiano, cuya aparición en *La Boheme* ha sido un triunfo continuo.

La señora *Barone*, que ha sabido allanarse á las bruscas transiciones de su *particella* con gran arte y lucimiento; *Buti*, el barítono de voz voluminosa y agradable, lucida en toda su extensión con estudioso cuidado; *Navarrini*, obligado á repetir el famoso *addio* del último acto, cada vez que lo canta, y *Puiggener*, que, escudado en sus conocimientos técnicos, luce su potente voz, contribuyen al brillante y harmonioso conjunto de esta prciosa producción.

ROSINA STORCHIO Y ALESSANDRO BONCI,

EN EL DUO DEL PRIMER ACTO

Fotografía del Sr. Esplugas, hecha exprofeso para el ALBUM SALÓN.

El maestro *Ferrari* la ha concertado con mucho esmero, mereciendo mención aparte su inteligente batuta.

La orquesta muy bien, y los coros discretos.

El ALBUM SALÓN une su aplauso sincero á los aplausos del público y de la prensa.

Pocas veces tendrá ocasión de hacerlo con más justicia y entusiasmo.

* * *

REDENCIÓN

Entrés.

Ricardo vaciló. En el fondo de su bolsillo quedaba el último puñado de dinero; veinte ó treinta pesetas que se revolvían rabiosamente bajo sus dedos enjutos y temblorosos. ¡Oh, qué noche! Primero un billete, luego tres, cinco, todos habían ido cayendo desde la cartera al tapete; siendo allí arrastrados por la implacable raqueta del banquero.

—Entrés,—repitió éste, paseando una mirada serena por aquel círculo de carne que le estrujaba.

Cien manos convulsas se extendieron hacia el tapete, abandonando el tributo de confianza que el seis contra el dos exigía. Y Ricardo, contagiado por la fiebre general, murmuró con voz ronca:

—¡Juego!

Cayeron sobre el descolorido paño las últimas monedas, á las que el joven comunicara el fuego de su calentura, y el banquero comenzó á *tirar*, calmoso é indiferente. Cada carta, arrastrada hacia abajo con suave movimiento, era para Ricardo algo así como el velo del porvenir, descorrido por la mano del diablo.

Saltó el entrés; y... como si algún genio maléfico tuviese empeño en prolongar la ansiedad de los jugadores, caían sobre el terso paño reyes, cincos, ases, caballos; todo, menos un seis en contra del doble dos.

Aquellos corazones, encadenados por el vicio y movidos por igual apetito, latían al mismo compás. Nadie hablaba, nadie tosía. Hubiérase advertido el roer de una carcoma.

El banquero, siempre estoico, suspendió su tarea, para quitarse de la boca un enorme puro, que dejó después con irritante lentitud sobre una moneda de plata. Los jugadores clavaron en aquel hombre una mirada indefinible, mezcla de odio y de angustia.

MARINA. — Dibujo de Ricardo Martí

Con los brazos cruzados sobre el pecho y clavándose despiadadamente las uñas en la carne, Ricardo, inmóvil como un sugestionado, esperaba la resolución del azar. La idea de la deshonra, del escándalo inevitable y próximo, hirió como un puñal su turbado pensamiento; por un efecto de aterradora reflexión, rápido como el relámpago que aturde y ciega, apareció á sus ojos la inmensidad de su desdicha; entre el torbellino de su cerebro surgió el recuerdo de la fábrica, de aquel vetusto edificio levantado por el ahorro y la constancia de unos padres virtuosos. Los talleres, regocijados antes con el estruendo del trabajo y esfumados por el humo de los hornillos, presentáronse á sus ojos, en medio de un silencio de tumba. Arriba, sobre las anchas naves, erguíase la ennegrecida chimenea, con cierta expresión amenazadora, como furiosa por no sentir ni el calor de las calderas, allá abajo, ni las rápidas caricias del humo, en su robusto remate. Las arañas habían colgado sus polvorientos pabellones en las junturas de las ventanas, y en las cerradas puertas campeaba el rojo sello del juzgado. Los obreros, faltos de trabajo, miraban aquellas paredes con algo de veneración; maldiciendo con rabia el nombre de Ricardo, del señorito calavera que privaba de pan á tantas familias.

—¡Juego!—repitió el banquero.

Cayó una carta... y un rugido feroz se escapó de todos los pechos, á los que entraba el aire envenenado con blasfemias. Ricardo, como un autómata, salió tambaleando, bajó unos escalones y, después de cruzar un vestíbulo escasamente alumbrado, llegó á la calle.

¡Arruinado!... El aire, que cortaba como un cuchillo, fué caricia dulce, consoladora, para aquel cuerpo abrasado por la fiebre del vicio. Ricardo sintió que algo muy grande se le derrumbaba allá dentro, en su corazón. La calle, desierta y silenciosa, parecía la de una necrópolis...

Ricardo andaba poco á poco, con esfuerzos de paralítico y vacilaciones de borracho. De pronto, se detuvo. ¿Dónde llevaba el revólver? ¡Ira de Dios! ¡Se había dejado el gabán en el casino! Y en el gabán, en un bolsillo interior, estaba el arma, la curandera de la locura, la solución suprema para el desesperado. ¡Al casino!

Una mano invisible agarró entonces los pantalones de Ricardo y una vocecilla débil y angustiosa murmuró en las sombras:

– ¡Señorito, una limosna para mi madre!

Clavó el mozo su febril mirada en la afligida criatura.

¡Pobrecillo! Estaba temblando. — ¿Qué? ¿Una limosna?

Ricardo la buscó en su cartera. ¡Nada! Todo había sido para el vicio, para el frenesí. La ola de la fatalidad había barrido su cerebro y sus bolsillos. ¡Ni calma para el infortunio ni dinero para la caridad!

—Mi madre está muy enferma. No tengo padre. ¡Señorito, por Dios!

Tuvo aquel acento algo indefinible, algo hermoso; aquella voz pareció bajar del cielo. Ricardo suspiró, como el hombre á quien quitan una mordaza, y cogiendo con su mano aristocrática la manecita fría del ángel abandonado, exclamó:

—Ven, querido.

Llegaron al casino, agitado el señorito y asombrado el pordiosero. Arriba, en el pasillo, pendiente de dorada escarpia, estaba el gabán. Ricardo sacó de sus bolsillos algo cuya vista espantó al muchacho, y dijo:

—Espérame.

El niño quedó solo. Sintió miedo; el señorito debía estar loco. Asustaba mirarle. ¿Esperar? ¿Para qué? ¿Para temblar otra vez ante aquel revólver brillante y pequeño?

Alzóse un portier y apareció el señorito. ¡Vaya un cambio! Salía sonriente, gozoso, con un puñado de dinero...

—Toma; para ti, querido. ¿Ves? Plata, todo plata. Para ti, para tu madre. Dadle caldo. ¡Toma, toma!...

Y cuando el pasmado niño desapareció en la curva de la escalera, Ricardo apoyó sobre el muro la abrasada frente y lloró de alegría, de alegría santa, inefable, que le refrescaba el alma, que lo redimía, y que no pudo turbar el ronco rugido de Lucifer, encerrado detrás de aquellos cortinajes verdes...

V. SERRANO CLAVERO

A LA PATRIA

Panal de mieles, vergel de flores,
nido de alondras y ruiseñores,
clásica cuna de la hidalguía...;
esta es la reina de mis amores,
esta es España, la Patria mía.
Esta es la tierra
donde se encierra
para mi alma mayor encanto;
la que ha inspirado mis sueños de oro,
la que he regado con triste llanto,
la que yo adoro,
¡la que yo canto!

¡Vaya si es rica! ¡vaya si es bella!:
Dios, que habitarla sin duda quiso,
derramó en ella
las galas todas del Paraíso.

Aquí, las brisas son más suaves,
con más ternura trinan las aves,
hasta en las breñas nacen jardines...;
y así en el llano como en la sierra,
todo en mi tierra
trasciende á nardos, huele á jazmines.

Tiene este suelo, fértil y noble,
prados que rinden cosecha doble,
vegas... perdidas
en lontananza,
nunca desnudas, siempre vestidas
de verde y oro, cual la esperanza;
frondosos bosques, ya seculares,
que desde el valle llevan al cerro
sus misteriosos, vagos cantares;
para encerrarse, montes de hierro,
para extenderse, tres anchos mares.

Sobre él la aurora vierte galana
líquidas perlas cada mañana,
el sol le envía, desde la altura,
su luz más pura;
es el emporio de los placeres,
y hay en los ojos de sus mujeres
tanta dulzura...,
que los amores, con vivo anhelo,
la dicha liban en su regazo:
de cielo tiene sólo un pedazo;
pero... ¡qué cielo!

De las virtudes busca el arrullo,
honra las artes con noble orgullo,
por el trabajo, prospera y vive,
sobre su escudo la fama escribe
«valor, nobleza»;
y para colmo de tal grandeza...,
en esta España, que siempre ha sido
de fe sagrario, de honor ejemplo,
tiene el cristiano su mejor templo.

Por eso rindo tributo santo
el pobre nido
donde he nacido.
Por eso, ¡oh Patria! te admiro tanto,
tanto te quiero..., ¡y así te canto!

***

De tus pasadas glorias do quier veo las huellas;
entre las densas sombras, despiden todas ellas,
inextinguibles focos de refulgente luz,
como en el firmamento fulguran las estrellas
cuando la noche extiende su lóbrego capuz.

Reflejos son de un tiempo en que iban tus pendones
dejando en pos el yugo de tu poder feudal;
y en que eran solamente los pueblos y naciones
botín de tus conquistas, de tu dosel florones,
brillantes engarzados en tu corona real.

De un tiempo en que tus hijos dejaban sus hogares,
henchidos de entusiasmo, de tu clarín al son,
y las hirvientes olas surcaban de los mares
para imponer tus leyes y levantar altares,
allí donde no había ni ley ni religión.

RECIEN NACIDOS. — Dibujo de Ricardo Martí.

No hallaron tus legiones jamás diques ni vallas;
rendíanse á su paso fronteras y murallas,
convictas de que al cabo habrían de caer;
los triunfos, las victorias contaste por batallas;
para tus huestes bravas, luchar era vencer.

Ejemplo de constancia, con brío portentoso,
llevando por enseña la Cruz de redención,
lidiaste siete siglos, sin tregua ni reposo,
hasta cerrar las puertas al árabe orgulloso
que en un nefasto día abrióle la traición.

Dechado de heroísmo y de altivez modelo,
domaste de la Francia la altanería audaz;
cuando era de sus águilas más firme y raudo el vuelo,
las garras de tus leones llegaron hasta el cielo
para rasgar las alas de su ambición voraz.

A impulso del encono que contra ti alimenta,
el moro de Marruecos tu dignidad holló;
¡jamás á tanto osara! si grande fué la afrenta,
fué en cambio la venganza tan ruda, tan sangrienta
que conmovióse Europa y el Africa tembló.

Al fin, de tanta gloria cargada con el peso,
dejaste que la Historia la pregonara fiel;
y, de la paz ansiando el lánguido embeleso,
dichosa te entregaste en brazos del progreso
que eleva á las naciones y marca su nivel.

A donde ayer llegaron tus armas vencedoras,
hoy llegan los preciados productos que elaboras
y el fruto que á la tierra arranca tu sudor;
tu crédito y las múltiples riquezas que atesoras,
en las modernas lides, son el botín mejor.

Mas ¡ay, mi Patria amada!; la caprichosa suerte,
para probar sin duda tu fuerza ó tu virtud,
su protección constante en esquivez convierte,
y arroja en tu camino, feliz y rica al verte,
de la cubana antilla la negra ingratitud.

El pueblo en quien se encarna tu empresa más gloriosa,
el que tu augusto nombre debiera bendecir,
aquel á quien del caos sacaste... ó de la fosa,
reniega de la madre amante y bondadosa
que le acogió en su seno y le enseñó á vivir.

Soberbio en su impotencia, violento en su coraje,
á rechazar se atreve tu amparo bienhechor;
sin ver que redimiste su condición salvaje,
que alienta con tu sangre y que habla en tu lenguaje,
romper quiere el ingrato los lazos de tu amor.

La guerra está empeñada, feroz llena de horrores;
á un lado la hidalguía, al otro la doblez;
llevaste allí tus héroes y diste con traidores,
cobardes mercenarios ó viles salteadores:
con fieras, no con hombres, combates esta vez.

No importa; ante el peligro se crecen tus alientos;
no importa; entre las fieras el rey es el león:
ya el tuyo sus rugidos ¡ oh, Patria ! da á los vientos...,
y el antillano suelo vacila en sus cimientos,
y más en él se clava tu invicto pabellón.

Quizá, si bien lo miras, tus hijos sediciosos
son víctimas que al fuego arroja la ruindad;
quizá les expolean, con fines codiciosos,
mezquinos adversarios... ó amigos poderosos
que ocultan en la sombra su inicua deslealtad.

Tampoco importa; vengan, combatan cara á cara
y no con sangre ajena, con honra y no baldón;
que vengan, de la tuya jamás has sido avara:
si Dios no te abandona y la razón te ampara,
para luchar con todos te sobra corazón.

Y si venir no quieren á sostener su proeza,
los Cides que aun te quedan á escarnecerla irán:
irán, para probarles tu orgullo y tu fiereza;
irán, para mostrarles, erguida la cabeza,
las aguas de Lepanto, los muros de Tetuán.

Irán, para decirles que ni una mancha sola
empaña tu decoro, tan limpio como el sol;
que todo en nuestra tierra ante el honor se inmola:
¡ que, pese al mundo entero, será Cuba española
en tanto que en España aliente un español !

SALVADOR CARRERA

LOS NUEVOS CRISTOS

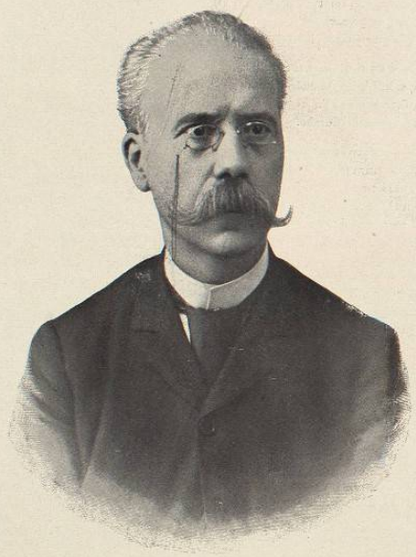
ABRIL, el mes de las hermosas magnificencias, ha pasado, con sus brotes florecientes, su luz inmaculada, sus cantos impregnados de bulliciosa alegría; y al ser impelido al abismo por la varágine del tiempo, ha pasado con él, una vez más, la Semana Santa, con su solemnidad augusta, sus grandezas fúnebres, sus esplendores tristes.

Por las anchas y tendidas calles hemos visto deslizarse las procesiones, henchidas de majestad conmovedora; hemos sufrido la visión del drama del Calvario, ante el Cristo coronado de espinas; hemos sentido el pinchazo del dolor acerbo, ante la atribuladísima Soledad; hemos penetrado, con los ojos del alma, en aquella luctuosa tarde en que los divinos labios del Redentor pronunciaron el *consummatum est;* y hemos, moralmente, paladeado el gusto acre del remordimiento, al ver el cuerpo del Hombre-Dios en el sepulcro.

Igual que otros años, para nosotros, ha sido el imponente espectáculo. Las mismas procesiones y las mismas imágenes han desfilado otros años delante de nosotros. El mismo Cristo ha paseado ante nuestros ojos su trágica figura, soberbia de humildad, dolor y tristeza. Pero este año, el Cristo que sufre con los dolores del hombre, ha debido sentir un dolor más al ver, entre la multitud prosternada á sus plantas, otros nuevos Cristos.

Sí; otros nuevos Cristos, Cristos humanos, mas Cristos al fin, que han padecido diferente martirio; pero que también han sido sacrificados bajo la cuchilla infame de los odios viles y de las traiciones arteras; Cristos que vinieron de muy lejos, de allá donde el pantano despide emanaciones mortales, donde el resplandor lunar es nocivo y donde el sol se desploma, como lluvia de metal hirviente; Cristos que abandonaron padres, hijos, esposas, la casa que les vió nacer, el pedazo de tierra que les sustentaba, todos los afectos más caros del corazón y todas las idolatrías más ardientes del espíritu, para defender el honor de la bandera de la patria, de su patria... abofeteada, insultada y escarnecida; Cristos que, devorando sus lágrimas, pálidos hasta la lividez y sonrientes como niños contentos, besaron á los seres queridos y cruzaron el mar, locos de alegría, entonando canciones patrióticas; Cristos de almas templadas como el acero, que lucharon diez contra mil y realizaron proezas homéricas, dignas de ser cantadas por Tirteo y representadas en bronce por Fidias; Cristos que subieron la dura vertiente de su Calvario, sin cansancios inermes ni desfallecimientos torpes; Cristos que aguantaron su pasión cruenta con el valor estoico propio tan sólo de este pueblo de leones que destroza á los tigres; Cristos que tragaron sin hacer un gesto, durante años enteros, el vinagre y la hiel de las torturas más fieras y las privaciones más angustiosas; Cristos que al caer acribillados en el combate sufrían sus espantosas mutilaciones con un cigarrillo entre los dientes; Cristos que volvieron á la patria inútiles ó enfermos, anémicos ó tísicos, inservibles unos para el trabajo, incurables otros.

¡Ah, sí! Yo he visto, mientras pasaba la grandiosa procesión del Viernes Santo, á tres de esos héroes anónimos confundidos entre la gente... que les miraba compadecida y les socorría con largueza. Uno de ellos mostraba en vez de brazos dos muñones horribles; otro, con una pierna cortada por el mismo nacimiento del muslo y el rostro ferozmente desfigurado por una cuchillada; y el último, con una cara de muerto que causaba frío. Aquellos nuevos Cristos, hambrientos y haraposos, colocados en hilera, estaban en silencio y tenían la gorra en la mano extendida hacia adelante; la gorrilla de cuartel donde la patria, que se agolpaba junto á ellos, depositaba generosa monedas de cobre chicas y grandes, entre las que de cuando en cuando brillaba alguna de plata.



MTRO. JOSÉ RIBERA MIRÓ.

En este momento pasaba la imagen de Cristo en la cruz. Y me pareció que sus ojos vítrios se fijaban en el grupo desarrapado y glorioso que formaban los dos inválidos y el enfermo,... y creí ver deslizarse dos lágrimas por el demacrado rostro de Jesús, mientras sus brazos se alargaban extendiéndose piadosos sobre los nuevos Cristos,... y oí una voz celestial que, viniendo de lo alto, exclamaba: *Bienaventurados los que lloran*, á la vez que la muchedumbre, con la rodilla en tierra y la mirada en Dios, decía por lo bajo: *Padre nuestro que estás en los cielos...*

PEDRO BARRANTES

MOSAICO

Como habrán observado nuestros lectores, las páginas en negro difieren algo del sumario anunciado en el número anterior, pues hemos tenido que suprimir un grabado y un artículo, para dar cabida á dos notas de actualidad: la revista de *La Boheme* y la poesía *A la Patria*.

Por causa de sus dimensiones, damos fraccionada la hermosa *Ave María* del Maestro Ribera, escrita exprofeso para que la publicáramos en este mes, consagrado á la Virgen; de suerte que concluirá en el próximo número, cuyo sumario es el siguiente:

CUBIERTA EN COLOR, de Román Ribera.
Su Excelencia «El Caballo», caricaturas de Xaudaró.
PÁGINAS EN COLOR: *Los marqueses de Marianao.* Retratos.
En la pelouse / *La hora del regreso* — Cuadros de Josefina Juliá Vilar.
Una sportman. Cuadro de J. Cusachs.
PÁGINAS EN NEGRO: *La letra de Regato.* Artículo de Federico Urrecha, ilustrado por Cuchy.
La República Argentina estudiada á grandes rasgos, II. Artículo de Antonio Astort.
Don Joaquín Coll y Regás. Retrato y artículo.
Carreras de caballos. Artículo, ilustrado por Passos.
La obsesión. Artículo de Marcos Jesús Bertrán.
La vela del diablo. Artículo de F. Luis Obiols.
MOSAICO.
REGALO: Conclusión del *Ave María* del Mtro. Ribera, empezada en el presente número.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.

Fot. Napoleón

LOS MARQUESES DE MARIANAO

AL dar en el presente número los retratos de estos sportmans ilustres, no hacemos más que unir nuestro humilde tributo de consideración y aprecio, al aprecio y consideración de que gozan en la Capital del Principado.

El marqués de Marianao, — don Salvador Samá, — presidente de la Junta de Fomento de la Cría Caballar de Cataluña, es un entusiasta del sport hípico, y fué uno de los iniciadores de las Carreras de Caballos en Barcelona.

Grande de España de primera clase, político influyente y acaudalado, dedica su actividad toda, y cuantiosa parte de su fortuna, al mejoramiento social del país, sin que ninguna manifestación del Progreso se vea por él desdeñada. Estudioso y activo, ha llevado sus opiniones á la prensa, afrontando con ánimo sereno, la discusión; y cualesquiera que éstas sean, merecen respeto, porque las expone con leal sinceridad.

Su joven esposa, — doña María de los Dolores de Sarriera y de Molins, — hija de los condes de Solterra, descuella en primera línea entre la aristocracia barcelonesa, que agasaja y admira á la noble dama, considerándola como modelo de distinción y porta-estandarte de la moda.

* * *

LA LETRA DE REGATO

Aquella Revolución de 1868 que barrió, como una gigantesca escoba, las oficinas todas del Estado, respetó á Regato en el puesto que ocupaba desde los tiempos de la Unión Liberal. Verdad es que, los que empezamos á libar las dulces mieles del presupuesto, comprendimos que el Estado habría cometido un asesinato mandando á su casa á Regato, y así se lo hicimos entender á quien podía sostenerle delante de la mesa en que trabajaba hacía tantos años, para bien de la patria.

Dudo de que haya habido jamás en los viveros del Estado planta democrática que haya dado mejores frutos. Las minutas y oficios de Regato eran modelos de caligrafía, verdaderos soles oficinescos, sólo empañados por alguna que otra falta ortográfica. Le hacíamos nosotros incurrir á veces y de propósito en éllas, para divertirnos con sus zozobras, cuando, para hacérselas notar, le llamaba el jefe del negociado. Solía entonces volver al despacho muy colorado, y se encaraba con la gente joven:

— Señores, ¿en qué quedamos? — decía, afirmando nervioso las gafas sobre la nariz — ¿Se dice *he presupuesto* ó *he presupuestado?*

A lo que era frecuente que contestara uno de nosotros:

—Le diré á usted, don Ceferino... Antes de la Revolución se decía *presupuestado;* pero ahora, con tanto cambio y tantas economías, vaya usted á saber cómo se dirá.

Nos quedábamos muy serios; el bueno de don Ceferino Regato corregía la malaventurada minuta y la llevaba nuevamente al jefe, y cuando salía, nos reíamos con la mejor gana del mundo.

Supimos un día la extraordinaria nueva de que el bondadoso don Ceferino se había casado, y lo supimos por uno de los porteros que había sido testigo del inesperado trance; porque él, Regato, guardó sobre el asunto impenetrable reserva.., que todos respetamos. Pero, con ser el hecho de la boda cosa inaudita, lo era más todavía la circunstancia de que la novísima señora de Regato era joven y guapa; y entre los fenómenos inadmisibles para nosotros, estaba el de que se enamorase una mujer de aquel dignísimo oficial de la clase de cuartos.

Ahondando un poco en sus noticias, nos dió á entender el portero — portero al fin y malicioso como todos los de la clase — que la señora de Regato no había sido trigo limpio; pero ninguno de nosotros llegó entonces á creerlo.

Apenas si después del suceso notamos variación en Regato, fuera de su prisa por irse en cuanto daba la hora, y un profundo desprecio por la ortografía, que ya no le preocupaba ni poco ni mucho. Le seguimos una tarde discretamente y resueltos á conocer á aquella heroica joven que había cargado con él; le esperaba ella en la esquina de la calle de Sevilla, y siguieron juntos del brazo. Era una morenilla de ojos negros, expresivos y picarescos, nariz remangadilla y aire muy resuelto en toda su apetitosa persona. De común acuerdo, compadecimos al meritísimo Regato.

***

A los dos meses de la boda, inopinadamente, y como quien dice de golpe y porrazo, ascendió el bienaventurado Regato á oficial de la clase de terceros. Juró y perjuró don Ceferino que no había él buscado influencia alguna, entre otras razones porque no tenía valedores, y hubo que aceptar la hipótesis de que el gobierno de S. M.—como Regato se empeñaba en seguir llamándole—había querido premiar el océano de minutas y oficios con que él enriqueciera el Mamotreto nacional. Pero un nuevo ascenso, antes del año, acabó por despistarnos á todos y casi por volver loco al pacífico Regato. Coincidieron con el segundo ascenso ciertos ensimismamientos y distracciones en aquel espejo de funcionarios, y algo como tristeza contenida y honda. Decididamente, Regato no era absolutamente feliz, á pesar de las liberalidades ministeriales.

Cuando murió el pobre señor, víctima de su tristeza... Pero no, no anticipemos los sucesos que menudamente nos refirió aquel chismoso portero, testigo de la boda.

Digamos primero, que á partir de ésta, nuestro jefe se fué humanizando gradualmente con Regato. Para él eran todas las alabanzas, cuando salía despachado hacia el ministerio un espantable montón de expedientes, y para nosotros las censuras, cuando Regato incurría en un *lapsus* ortográfico. Llegó esto al punto de que, cierto día, entró el jefe en el despacho, con una minuta regatesca en la mano, y dijo ceñudo, dirigiéndose á nosotros:

—Arbitrio se escribe con *b*, señores.

Y salió triunfante, cambiando una mirada de burocrático afecto con Regato.

Pero, la grande y desconsoladora confidencia del portero fué aquella que nos puso en autos del cómo se entendían el jefe y la despierta señora de Regato. Era una verdadera diablura. Tenía el jefe una letra de todos los demonios, capaz de desesperar al propio Champollión, gran descifrador de jeroglíficos egipcios, y cada vez que tenía — el jefe — que avisar de algo á la apetitosa oficiala de la clase de segundas, dictaba á Regato sus expresiones amorosas, que luego llevaba el portero. Claro está que se guardaba el nombre de la preferida, pero ya era esta confianza lo bastante para que Regato, orgulloso de semejantes confidencias, nos diera de vér en cuando unas migajas de aquel favor, diciéndonos con aire reservado y temeroso:

—Señores... el jefe es un *Rigoletto*.

Rigoletto era para Regato, que confundía esta y otras especies, el colmo de lo donjuanesco y varonilmente avasallador, y pronunciaba *el jefe* con cierta religiosa veneración, que nos hacía mucha gracia. Nos fué enterando el bondadoso don Ceferino de los progresos de aquel *lío* del jefe, según los grados de temperatura de las cartitas que le hacía escribir, y cuya letra primorosa y resplandeciente suponía él que no tendría poca parte en el enamoramiento de la dama; hasta que una tarde, con exquisito misterio y pidiéndonos juramento de ser discretos, nos dijo:

— Hoy se la lleva, señores, porque acabo de copiar un billetito que, ó acaba en una cita definitiva ó yo no entiendo de estas cosas.

Juramos silencio, por el más sagrado legajo de cuantos allí había; y se fué Regato á su casa, sin sospechar que en ella se había ya cumplido la más trágica aventura que registran los anales de la administración pública. La mala hembra, de nariz remangada y ojos picarescos, no pareció aquella noche, ni al siguiente día. El desventurado Regato vino sombrío á la oficina, y ni aun tuvo el consuelo de las alabanzas del jefe, porque se había ido éste, con permiso del ministro, á un viaje *de inspección* — y no mentía.

Buscó entonces Regato rastros de la felonía en los muebles de la fugitiva, y ¡oh, misteriosos caminos de las cosas! dió en el bolsillo de una falda vieja con aquel billetito último. Era, sí, su letra gallardísima y envidiable; y al verla y con ella la verdad entera, le entraron al pobre Regato

en la cabeza unos formidables ruidos que dieron con él sobre las baldosas del piso.

Nos avisó el portero confidente de lo que ocurría, y fuimos todos sin excepción, á verle y cuidarle. Nos contó una grandísima mentira, para justificar su enfermedad, porque la verdad le espantaba y dolía, é hicimos que se creía como artículo de fe; había en el fondo de sus ojos tan honda pesadumbre cuando nos habló, que yo me separé del lecho, porque me entraron ganas de llorar, y tomé discretamente la puerta.

Murió á los ocho días, muy poco antes de presentarse la fugitiva, como si nada hubiese ocurrido. Tuvo ésta el increíble valor de hacer todos los preparativos del entierro; y allí la vimos los compañeros de Regato, sentada cejijunta y llorosa, en un ángulo del gabinete.

Cuando salió el cadáver, fueron desfilando los del cortejo por delante de la viuda. Pasé yo también, la di la mano, se la apreté con ira, y al inclinarme, salieron de mí, sin que yo quisiera, estas palabras que sólo ella debió oir:

—Señora... es usted una grandísima bribona.

Y bajé detrás del muerto, sintiéndome aliviado de un peso enorme.

Federico URRECHA

LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESTUDIADA Á GRANDES RASGOS

II

Con que, ¿dice usted que desea reanudar nuestra interrumpida plática referente á este país?... Pues, continúo el para mí lisonjero trabajo de prestarle la utilidad de mis humildes explicaciones, á reserva de desquitarme oportunamente, solicitando de usted otras de distinto orden, que ignoro con ignorancia censurable. Y como, aunque incipientes nuestras relaciones, es deber nuestro, á fuer de buenos españoles, emplear ese proceder á la pata la llana que doquiera y singularmente en la expatriación nos caracteriza, me arranco, por lo mismo, declarando que nuestras conversaciones han de señalarse por la ausencia del método abrumador, más abrumador todavía aplicado al objeto que de antemano despojamos de toda hojarasca y artificio, sin que su índole, á todas luces importante, pierda esta cualidad é interés.

Resultaría á la postre descabal mi cometido, si dejara de robustecerlo con ciertas informaciones de carácter genuinamente histórico.

Debe usted tener muy en cuenta que nada con ello perderá, y sí, en cambio, puede serle inesperadamente de no poco provecho demostrar en un momento dado que á usted, extranjero en estos países, le son familiares siquiera los hechos más salientes de su historia.

En esto el hijo del país revela fielmente las heredadas condiciones, buenas ó malas, (no es de aquí el juzgarlas) de nuestra raza.

Menudearán para usted las ocasiones donde personalmante podrá estimar la verdad de lo que digo, bien lejos, por cierto, de atribuirme el mérito de ser yo sólo el que lo sabe.

Llámele usted virtud, llámele usted defecto, ó ambas cosas á una, al patriotismo llevado á la exageración, casi á la suspicacia, es ésta en el argentino, y suramericano en general, condición harto notoria para que nadie pueda reclamar para sí la exclusiva de la observación y el consiguiente descubrimiento. Son, al fin y al cabo, lo que nosotros: exaltados por temperamento, patriotas con un tantico de afectación, pero convencidos y pródigos en toda suerte de sacrificios cuando de su nación se trata; son, en fin, patriotas de abolengo, perfectamente caracterizados por la ley del atavismo, y con esto, huelgan otros comentarios...

No se sonría usted de estos atisbos y vislumbres de una elocución que de común acuerdo tenemos condenada al ostracismo.

Además, ni hay maestría en el esbozo precedente, ni éste va encuadrado en una fraseología de que no podría alardear, aun en el supuesto de quererlo, por la elemental razón de faltarme el don de la palabra, oratoriamente hablando.

Y ahora, encarando la cuestión de frente, ¿no es verdad que lo que mayormente despertó su curiosidad de usted en la travesía de Montevideo á Buenos Aires fué la contemplación del Plata?

—No era curiosidad lo dominante en mí, era admiración,—objetó mi interlocutor.

Ciertamente; no he aplicado el término preciso. A juzgar por mis propias impresiones, considero que el ánimo de todo hombre sensible á la imponente naturaleza ha de quedar suspendido ante la contemplación de este río que tiene 300 kilómetros de largo por unos 200 de anchura en su desembocadura sobre el Atlántico.

¡Eche usted trayecto! ¡Valiente salto de orilla á orilla!

Como ancho, es ancho; no hay en el globo otro que lo iguale, ni otro tan bravío, cuando azota su superficie el *pampero*, un viento que á veces nos envía la desierta y árida pampa.

¿Que qué es la *pampa*, pregunta usted?

La pampa, en Sudamérica, es lo que en la del Norte llaman pradera y en Rusia estepa: una llanura de mucha extensión, sin cultivo y poco ó nada habitada.

Este río, surcado hoy por las naves de todas las naciones y convertido por la actividad de la expirante centuria en emporio del comercio universal, fué descubierto en 1516 por el piloto asturiano Juan Díaz de Solís, de quién dice la crónica que era el más excelente hombre de aquel tiempo, en su oficio.

Pocos días después del *hallazgo*, por decirlo así, practicando un reconocimiento por las costas fluviales, cayó víctima de artera celada de los indios, que lo atrajeron con fingida amistad á sus tolderías y lo acribillaron á flechazos. La muerte del descubridor paralizó la acción del descubrimiento, pues los sobrevivientes regresaron á España para referir la desgracia que había puesto fin á la expedición.

Formado por los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, el que Solís sacó del anónimo conociéronlo los primeros navegantes por *Mar Dulce*, nombre que conservó hasta que el veneciano Gabotto, al servicio de Carlos V, exploró detenida y triunfalmente estas latitudes.

Su denominación actual adquiriólа de la manera siguiente:

Botín de reñido combate librado en sus márgenes, entre españoles y guaraníes, fueron algunas piezas de plata que los conquistadores apresaron y enviaron al rey-emperador. Creyóse que las regiones descubiertas por Solís y reconocidas por Gabotto abundaban en tan rico metal; error que quedó consignado en el nombre que se dió y ha conservado el río.

¿Está usted? ¿Queda usted complacido de esta *cuasi* lección de geografía é historia colonial?

Ea, pues, de molde, sí como usted dice, y yo debo creer, le sientan bien tales informaciones. Serán, empero, tan simplificadas, que sin adver-